


---

# JUVENTUD Y POLITICA EN EL CAMBIO DE UNA EPOCA

Martín Tanaka

---



¿QUÉ RELACIÓN HAY entre juventud y política? ¿Se trata de un tema relevante? ¿En qué sentido es importante preguntarse por la relación entre juventud y política? ¿Qué puede aportar la juventud a la política nacional? En este trabajo abordamos la relación entre juventud y política afirmando la importancia de esta temática, pese a la notoria «despolitización» de los jóvenes. Lo hacemos no porque los jóvenes constituyan claramente un actor social o político, sino porque en ellos se encuentran identidades, valores y aspiraciones que nos permiten entender la emergencia de un nuevo Perú, que requiere y dará lugar a nuevas relaciones políticas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Este trabajo es el resultado de la investigación que realizamos, inter-institucionalmente, Martín Tanaka del IDS y Luis Nauca del CIDAP sobre el tema de la Cultura y Participación Políticas en la juventud popular urbana. Aquí se encontrará la continuidad y profundización de muchas ideas esbozadas en nuestro trabajo anterior, *Normal nomás: los jóvenes en el Perú de hoy*, más centrado en hacer una evaluación crítica de la producción de las ciencias sociales sobre el tema de la juventud. El artículo que presentamos constituye uno de los cuatro ensayos de

## MARTIN TANAKA

### ¿POR QUÉ JUVENTUD Y POLÍTICA?

Al pensar la relación entre juventud y política tenemos en mente una preocupación fundamental. En efecto, podemos pensar que la mayoría de la población es menor de edad y que los jóvenes, en tanto nuevos ciudadanos y votantes, pueden modificar sustancialmente el escenario político actual y futuro de acuerdo a sus valores, preferencias, orientaciones, expectativas, que casi por definición son relativamente nuevos y distintos respecto a los actuales. El futuro político del país pareciera así jugarse en torno a lo que los jóvenes hagan o dejen de hacer, ya sea ahora como jóvenes o en el futuro inmediato como adultos. Caben aquí dos alternativas polares: de un lado, los jóvenes son percibidos como una preocupante amenaza, en tanto signados por la rabia, la frustración, el escepticismo y todas las formas de violencia. De otro, pueden ser vistos como la esperanza de regeneración del sistema, en tanto lejanos a las prácticas, usos y costumbres «tradicionales» que serían los responsables del atraso y la crisis.

En ambos casos resulta pertinente abordar la relación entre juventud y política, en tanto esta relación nos permite tener una visión más global y actualizada *del país en su conjunto*, de su configuración y derroteros a partir de sus nuevos contingentes poblacionales. A fin de cuentas, eso es lo único que en el fondo justifica verdaderamente una preocupación por los jóvenes.

Sin embargo, la importancia del estudio de la relación entre juventud y política no es evidente de por sí. Desde otra perspectiva, el estudio de la relación entre juventud y política puede aparecer como anodino, trivial, sin sentido. ¿Qué razón existe para justificar ese estudio

nuestro informe de investigación. Los otros tres están referidos a las organizaciones juveniles y la participación política; los discursos sobre la juventud y las organizaciones juveniles, y la relación entre juventud popular, organización y ciudadanía.

## JUVENTUD Y POLITICA

cuando una de las cosas que más claramente define la identidad juvenil actual es la despolitización? ¿No sería más provechoso tratar otros temas más cercanos a las preocupaciones y quehaceres concretos de los jóvenes? ¿Por qué no tratar temas más *específicamente* juveniles? ¿Por qué persistir en una entrada *desde la política* cuando ella ha mostrado tantos límites? ¿No podrá acaso decimos más sobre la realidad juvenil (y la configuración futura de la sociedad) el abordaje de temas como la afectividad, la «dimensión lúdica», la familia, la orientación vocacional y valorativa (lo «subjetivo» en general), la recreación, el deporte, etc.? ¿No hay temas más preocupantes y urgentes (consumo de drogas, alcohol, delincuencia, etc.)? Finalmente, ¿no vivimos acaso la era de la post-modernidad, la época del ocaso de las reflexiones globales, de los grandes proyectos, de las utopías participativas?

¿Por qué juventud y política? Una de las primeras constataciones que uno realiza al aproximarse a esta relación es que los jóvenes rechazan la política. La consideran sucia y mezquina. De otro lado, la política aparece como esencialmente conflictiva y, por lo tanto, nada agradable. Finalmente, en medio de la crisis y la violencia, la opción política es onerosa y peligrosa. Aquella imagen de una juventud rebelde, soñadora y luchadora, gestada desde las movilizaciones estudiantiles de los años 20 en todo el continente, parece haber quedado definitivamente atrás.

Por encima de estas evidencias a nivel social, a nivel político también encontramos una suerte de «resistencia» a vincular juventud y política. Los jóvenes corren el riesgo de ser manipulados por intereses de autoridades del Estado (quienes buscan legitimarse en sus cargos), partidarios (los cuales buscan «captar» cuadros), de ONGs (las que buscan justificar su existencia y financiamiento), de otros grupos (que buscan ampliar su radio de influencia), etc. De otro lado, ¿por qué tendrían que participar e interesarse en la política? ¿Por qué no mantenerse en el ámbito de lo privado y lo social, y en lo específicamente juvenil?

## MARTIN TANAKA

¿Por qué buscarse problemas? Ya en los años 70 intelectuales conservadores como Samuel Huntington afirmaban que para que existiera gobernabilidad y democracia es necesario un relativo desapego por la cuestión pública<sup>2</sup>.

A nivel académico, la constatación de la notoria despolitización en la juventud, así como la relativa esterilidad de los análisis que desde la política desatendían dimensiones cruciales de la vida social, han hecho que en los últimos tiempos se haya puesto énfasis en otras aproximaciones, más centradas en la identidad y cultura juveniles.

Pero más allá de las consideraciones hechas, existe en los últimos años un discurso despolitizador que permea todas las dimensiones de la vida social, vinculado a la hegemonía ideológica del neo-liberalismo y de la llamada «post modernidad». Según el primer conjunto de ideas, los jóvenes debieran limitarse en su acción a un ámbito individual (más que grupal) y privado (más que público), buscando satisfacer demandas y necesidades particulares (más que colectivas), ubicándose en una dinámica estrictamente social (no política) y específicamente juvenil, sin abordar otras problemáticas más amplias a partir de las cuales podrían encontrarse con otros actores, sujetos e intereses. El mercado y las interacciones mercantiles aparecen así como el eje de la vida social. Según el segundo conjunto de ideas, el eje central a nivel del análisis no pasa por la política, y tiende a concentrarse privilegiadamente en la cultura. Neo-liberalismo y post-modernismo comparten la despolitización tanto de la vida como del análisis social.

Estas ideas, ciertamente, no son arbitrarias, y sin duda son expresión de diversos procesos sociales muy sig-

<sup>2</sup> Ideas como éstas aparecen cada vez que se ha pretendido dar leyes de la juventud en el Parlamento de los últimos años, y de hecho han bloqueado distintas iniciativas parciales provenientes de dependencias estatales con responsabilidad en la temática juvenil.

## JUVENTUD Y POLITICA

nificativos. Pensemos en la crisis económica, que debilita los espacios colectivos, privatiza e individualiza el tipo de necesidades y demandas que afrontar; la extensión y agravamiento de la violencia urbana y terrorista, que limita seriamente las posibilidades de acción colectiva y política; la crisis del régimen, de la actividad política en general y de sus actores, que desvincula política y sociedad; la extensión de mecanismos de reproducción material y social crecientemente desvinculados del estado y de la institucionalidad formal en su conjunto, que dificultan la constitución de identidades, demandas e intereses colectivos, así como otros procesos.

Se crea de este modo una suerte de círculo vicioso que impide permanentemente la participación política. En efecto, una de las principales causas que inhiben la participación es el desprestigio de políticos, dirigentes y grupos organizados<sup>3</sup>. La falta de participación (y de la consecuente fiscalización) hace que estos líderes actúen de manera arbitraria, presentándose casos de corrupción, malos manejos, etc.; en vista de lo cual, la mayoría se abstiene de participar. Menor participación significa menores presiones sobre los actores políticos, menor fiscalización y mayor espacio para sus maniobras. ¿Cómo se rompe este círculo vicioso? Esperemos que el agravamiento de las circunstancias y la imposibilidad de seguir tal como están

<sup>3</sup> Según la encuesta de CEDRO dirigida por Delicia Ferrando (1991), « (...) los adultos jóvenes del país tienen una opinión poco favorable de sus pares que se integran a los partidos políticos reconocidos. Apenas la tercera parte los percibe positivamente y cree que su militancia en un partido político se debe a que 'quieren ayudar al país' (22.6%) o 'creen en la democracia' (3.1%) o simple y vagamente 'hacen bien' (8%). Pero la gran mayoría (poco más del 60% en promedio) tiene una idea negativa de ellos y los percibe como arribistas u oportunistas, que se integran a diversos movimientos políticos para 'hacer politiquería' (12.6%), 'quieren ganar dinero' o aspiran a gobernar el país para ganar dinero (22%), quieren conseguir trabajo (10%), 'pierden su tiempo', 'son tontos/ingenuos', 'quieren hacerse un futuro fácilmente', 'quieren relacionarse para tener un nombre', etc.»

MARTIN TANAKA

las cosas no sean los únicos factores que nos lleven a cambiar de actitud.

Como resultado de todo lo dicho, encontramos a nivel ideológico la postulación de una suerte de «ciudadano mínimo»; en la práctica, alejado casi totalmente del mundo de lo público y político. Ciertamente esta manera de concebir las cosas se extiende más allá de los jóvenes hacia el conjunto de la ciudadanía.

Creemos que las objeciones esbozadas revelan visiones altamente estereotipadas de la realidad juvenil. El joven aparece sólo en tanto pelotero, activista y portador de «paltas» de adolescente. Así se limitan sustantivamente los temas dignos de atención y preocupación. La identidad juvenil tiene que ver con todo lo mencionado, ciertamente, y de una manera muy importante, pero también con mucho más. Más allá de lo específicamente juvenil está la condición de *ciudadano*, de miembro de una *comunidad política*, compartiendo problemas con *el conjunto* de la sociedad, teniendo problemas y demandas en cuanto tal. Ello tiende a ser pasado por alto. En realidad, la situación y la problemática juveniles no hacen sino levantar los problemas sociales globales<sup>4</sup>.

Incluso cuando se presta atención a problemas más generales, de los cuales los jóvenes también participan, el tratamiento suele ser segmentado, sectorializado, limitado. Por ejemplo, en el caso del empleo. Los altos niveles de desempleo y sub-empleo en jóvenes, lejos de llevarnos al cuestionamiento de la lógica de la política económica vigente, a lo que suele llevar es al desarrollo de «políticas de promoción a la juventud» de carácter sectorial. Ello constituye una abierta evasión del problema. Los *individuos*

<sup>4</sup> Según algunas encuestas, los jóvenes perciben mayoritariamente que sus principales problemas son las drogas y el alcohol, y que los llamados a enfrentar estos problemas serían los padres de familia y ellos mismos. Se pierde así de vista la dimensión social y política de su problemática.

## JUVENTUD Y POLITICA

*jóvenes* sólo lo son en un período de tiempo determinado, -como es obvio- pasado el cual son simplemente adultos. Ninguna política específica de promoción tiene sentido en el mediano plazo sin modificaciones más sustanciales en el mercado laboral, que incidan sobre su estructura y orientaciones globales.

Por lo dicho, a los jóvenes hay que verlos como *jóvenes actuales y futuros adultos*. Hay que ver la problemática específicamente juvenil, sí, y con mucha mayor insistencia, pero también la global, la que los involucra como parte del conjunto de la sociedad. Ello es imperativo si consideramos que el 60 % de la población es menor de 25 años. No hacerlo es simplemente rehuir los problemas verdaderamente de fondo. Los ciudadanos adultos que el día de mañana demandarán empleos, servicios, son los niños y jóvenes de hoy. La preocupación por lo específicamente juvenil corre el riesgo de convertirse en un refugio ante la despreocupación por el país, visto en su totalidad: tendencia y tentación sumamente peligrosa, que encuentra un terreno propicio en el desánimo producido por el fracaso de los proyectos y propuestas políticas de transformación en los últimos tiempos.

En realidad, estas consideraciones están más extendidas y operan más allá de lo que somos usualmente capaces de percibir. En efecto, basta recordar que el auge del tema de la juventud es parte del auge del estudio de los movimientos sociales, en contraposición a los temas clásicos del *corpus* teórico del clasismo<sup>5</sup>. En general, el estudio de la juventud no forma un *corpus* teórico propio, está en relación y es parte de reflexiones más globales sobre la sociedad en su conjunto<sup>6</sup>. En palabras del sociólogo Alain Touraine (1991),

<sup>5</sup> Al respecto ver Ballón, 1990.

<sup>6</sup> Ver al respecto *Normal nomás*, capítulo 1.

## MARTIN TANAKA

«Todos los rasgos característicos de la acción colectiva en América Latina se observan bajo una forma acentuada en los jóvenes. De suerte que es casi imposible hablar de la juventud como si ésta formara una categoría aparte»<sup>7</sup>.

Hemos ya justificado la atención por la temática juventud y política. Pero hay que precisar la naturaleza de su importancia. ¿Por qué es importante la relación entre juventud y política?

Una primera respuesta, más obvia, nos diría porque estamos frente a uno de los sectores sociales más fuertemente golpeados por la crisis. La situación y las cifras que la expresan, creemos, son suficientemente conocidas por todos<sup>8</sup>. Crisis no solamente a nivel material, sino a nivel de valores, expectativas, orientaciones. Los jóvenes aparecen así para muchos como problema, y hasta cierto punto como amenaza. El rostro de la delincuencia y del terrorismo muchas veces tiene facciones juveniles. ¿Qué consecuencias políticas tiene esto? El estudio de la política desde esta población que sufre los embates de la crisis, constituya o no un actor social claramente constituido, es fundamental. Preguntarse por la política exige tomar en cuenta el punto de vista de este segmento mayoritario de la población, qué opciones toma, qué rumbos asume, máxime si atraviesa una situación tan conflictiva.

Sin embargo, ésta no puede ser la razón principal. Ya sabemos que no se puede deducir radicalidad o violencia de manera mecánica a partir del deterioro de las

<sup>7</sup> La literatura latinoamericana sobre el tema de jóvenes apunta en general en la misma dirección que señalamos. Véase al respecto Rama, 1986 (y su énfasis en los procesos de modernización y crisis); Martínez y Valenzuela, 1986, y Valenzuela, 1984 (y su énfasis en la cuestión de la anomia), entre otros.

<sup>8</sup> Ver al respecto el Informe de la Comisión Especial del Senado sobre las causas de la violencia y alternativas de pacificación en el Perú (1988). También Méndez (1990), entre otros.



## JUVENTUD Y POLITICA

condiciones «estructurales»<sup>9</sup>. Ello no significa, por supuesto, que los problemas dejen de existir o que desaparezca esta situación *potencialmente* peligrosa.

### JUVENTUD Y POLÍTICA: CAMBIO DE EPOCA.

Nosotros creemos que la atención política por y desde los jóvenes se justifica fundamentalmente porque encontramos que a través de ellos, de su identidad, cultura y percepciones, podemos entrever de manera privilegiada los contornos del país que está en gestación, los rasgos y características de los procesos sociales y políticos más recientes y en curso.

Subyace a lo que decimos la idea de que para conocer el país hay que atender a sus diversos procesos sociales, políticos y económicos, cierto. Pero nos parece bastante claro que el país no puede entenderse al margen de las percepciones de sus habitantes, al margen de las definiciones de la realidad de los propios sujetos, definiciones que de hecho son parte de la realidad.

La historia política de los últimos años en el Perú constituye un clarísimo ejemplo de cómo el quehacer político implica necesariamente considerar las demandas, identidad, cultura y percepciones de la gente; y de cómo todas ellas son capaces de constituir la realidad social y política misma. Obviarlas significa no entender ni el proceso de democratización de la sociedad peruana ni la manera cómo la racionalidad del pueblo -equivocada o no, nos guste o no- es la que define muy centralmente las situaciones.

El país ha cambiado radicalmente en los últimos años, y lo sigue haciendo. Tomamos conciencia de ello si

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo, el texto de Julio Cotler donde hace unos años, a mediados de los 80, a partir del deterioro de la situación nacional, hablaba de la «radicalización política de la juventud popular».

## MARTIN TANAKA

asumimos el punto de vista de las últimas generaciones. En efecto, la formación política y ciudadana de estas generaciones está marcada por acontecimientos y fenómenos que marcan todo un verdadero cambio de época. Es decir, está cambiando todo un *sentido* de las cosas, se están estableciendo nuevos parámetros y patrones de interacción social. Ello significa que no podemos seguir pensando la realidad social y política del país con los anteriores esquemas de análisis. De lo que se trata es de encontrar, de llegar a nuevas maneras de pensar las cosas. Y aquí lo que aportan los jóvenes es fundamental, en tanto ellos encarnan las nuevas configuraciones del país, al haber sido socializados en éstas.

Asistimos en los últimos años, en lo político, a la instauración y crisis del régimen político democrático, al práctico colapso de los partidos, al agravamiento hasta niveles inéditos de los problemas tradicionales de representación política (que llevan a un animador de la televisión a la Alcaldía de Lima, luego a un desconocido a la Presidencia y, más recientemente, nada menos que a la aprobación mayoritaria de un golpe de Estado), al surgimiento y desarrollo de la violencia terrorista (que ha ocasionado más de veinte mil muertes). En lo ideológico, asistimos al ocaso de los grandes proyectos de transformación, al fracaso de los socialismos reales, al triunfo del liberalismo, del mercado y del individualismo. En lo económico, a la crisis de todo un paradigma de desarrollo originado hacia mediados de la década del 40, donde el papel del estado era fundamental. En la estructura social, concurrimos a una terciarización e integración segmentada y jerarquizada de los grupos sociales. Mientras tanto, en lo cultural, curiosamente a contracorriente de las tendencias en los otros ámbitos, presenciemos procesos de modernización e integración a través de los espacios masivos.

La lista puede continuar. Lo que nos interesa es relevar que en los últimos años los cambios han sido

## JUVENTUD Y POLITICA

dramáticamente rápidos y profundos, a tal punto que han llegado a poner en cuestión no sólo las herramientas analíticas que solemos emplear, sino también nuestro propio esquema perceptivo, sensitivo, con el que nos aproximamos a las cosas mismas. El nuevo mundo que emerge da lugar también a nuevas formas de pensar, sentir, percibir la realidad. Y debemos tener en cuenta que la percepción de la realidad es constitutiva de la realidad misma. Así, para acceder a los cambios, seguirlos de cerca, para poder entender la realidad en emergencia, es posible y privilegiado aproximarnos desde la identidad juvenil, porque ella está marcada de manera más nítida por los procesos recientes. Podemos comprender mejor esos procesos a partir de qué percepciones generan y cómo son percibidos por los nuevos sujetos, qué prácticas propician, a través de qué formas se manifiestan.

De esta manera se justifica el interés por la relación entre juventud y política, pese a que hoy los jóvenes no aparezcan como un actor político importante, y puede que no lleguen a serlo en el futuro inmediato. Sin embargo, ello no quita el interés político por los jóvenes, en tanto ellos son portadores de las nuevas tendencias sociales, del nuevo rumbo del país, que irá manifestándose con mayor claridad en el futuro, aunque de maneras distintas. Finalmente, hay que considerar que la apatía y la pasividad son actitudes en sí mismas, son también una forma distinta de expresarse.

El cambio de época al que aludimos implica horizontes culturales, marcos de referencia, umbrales perceptivos, sensibilidades distintas entre la generación actual de jóvenes y las anteriores que vivieron el Perú de la segunda post-guerra. Ahora bien, ¿cuáles son específicamente las experiencias y procesos que marcan la identidad social y política de nuestros jóvenes? Consideremos que quienes son cronológicamente jóvenes (los que tienen entre 14 y 24 años) han nacido entre 1968 y 1978. Sus percepciones de la realidad social están marcadas por lo ocurrido

MARTIN TANAKA

en el país desde 1974 hasta hoy, por ponerlo en términos simples que nos permitan hacerlos manejables. No se ha vivido otra cosa.

¿Qué es lo que ha ocurrido en el país de 1974 hasta la actualidad? Lo principal se resume fácilmente en una palabra: crisis. La crisis peruana tiene tres componentes básicos: uno, crisis económica; dos, democracia y crisis del régimen político y, tres, violencia y crisis de los patrones tradicionales de interacción social. Sólo hay un importante proceso de signo contrario, positivo: modernización social, extensión de la individualidad, integración simbólica y cultural. Este proceso hace que las crisis anteriores se hagan menos explosivas, al contrario de lo que previeran diagnósticos basados en la teoría de la privación relativa.

La crisis económica se traduce en una serie de indicadores: la caída persistente de los sueldos y salarios, la pauperización de la clase media, la recesión, el aumento del desempleo y sub-empleo, la falta de oportunidades en general, la crisis del sistema educativo, el hecho de que la mayor calificación no se traduce en mejores posibilidades de empleo o mayores ingresos (Verdera, 1988), etc. Pero no se trata sólo de una crisis entendida como etapa pasajera dentro de un ciclo económico más general, luego del cual podemos esperar la recuperación y el crecimiento, sino que estamos ante la crisis de todo un modelo de desarrollo: se trata de la crisis final de todo un ordenamiento económico, que proviene básicamente de la segunda post-guerra. Ello significa la caducidad de una serie de expectativas laborales, de una serie de actividades y proyectos.

Desde 1980 entramos a un régimen político democrático y a la existencia de un sistema político propiamente dicho. Con él entramos a la discusión y al conflicto político abierto e institucionalizado. Pero los gobiernos se muestran ineficaces, burocráticos, corruptos. Las principales instituciones estatales pasan de suscitar

## JUVENTUD Y POLITICA

expectativa a una terrible crisis de legitimidad<sup>10</sup>. La cuestión es que la crisis del régimen termina arrastrando a los actores involucrados: se da también la crisis de la clase política en general, incluidas las fuerzas que cuestionan el orden. Ello explica el reciente «boom» de los candidatos independientes en las últimas elecciones y el respaldo al golpe de estado del 5 de abril.

Los actores políticos no logran representaciones estables de grupos específicos de interés. Son percibidos en bloque y separados del conjunto de la sociedad. Por ello, el conflicto político no llega a hacerse inteligible, representativo de los distintos intereses sociales. Así, la conquista de la democracia, de la institucionalización del conflicto, pasa a ser visto como uno de los problemas: los políticos no hacen sino pelearse entre ellos y no cooperan en función de las necesidades.

La política y el ámbito público son entendidos, desde la experiencia social inmediata, como el ámbito de la ambición, del interés. La actividad política en general entra en crisis, y con ella sus discursos, apelaciones, estilos y rituales.

En tercer lugar está la violencia política. Violencia política que puede entenderse, y hasta justificarse en amplios sectores juveniles populares, en función a las crisis anteriores<sup>11</sup>. Sin embargo, ello no significa tampoco un respaldo activo a las organizaciones terroristas, y menos aún una militancia. Pero sí es expresión de un profundo malestar. La cuestión es que la violencia se percibe como protesta, pero no en su dimensión de proyecto político. El desapego por el orden institucional está detrás de todo

<sup>10</sup> Datos al respecto pueden encontrarse en Torres Guzmán, 1989.

<sup>11</sup> Ver al respecto Balbi, 1991 y Ferrando, 1991. Según esta última encuesta, un tercio de lo que podríamos considerar juventud popular muestra simpatías o por lo menos una actitud justificatoria frente a los jóvenes que militan en grupos terroristas.

MARTIN TANAKA

ello. En este sentido, la justificación de la violencia es una protesta sorda, pasiva. Así como quien nada tiene, nada tiene que perder, quien no se identifica con algo no tiene por qué defenderlo.

El otro proceso al que hacíamos mención era el de la modernización e integración simbólica: tenemos una juventud fundamentalmente urbana, con todo lo que ello implica en términos culturales, y básicamente integrada a nivel simbólico. Para ponerlo en otros términos: la juventud actual no es hija del Perú oligárquico. Pese a que no hemos logrado superar la herencia colonial a nivel de nuestras relaciones sociales, no cabe duda que el avance respecto a décadas pasadas es muy significativo. En términos comparativos, a nivel de valores, preferencias, estilos, es perceptible un importante avance en cuanto a homogenización entre los jóvenes de los distintos estratos sociales, al menos a nivel de expectativas. A nivel popular ello es más claro. La identidad juvenil ya no es «popular»: la identidad (autoadjudicada y aspirada a la vez) corresponde a los valores de «clase media»<sup>12</sup>.

El horizonte de experiencias de esta generación, atravesado por los cuatro procesos reseñados, define sus percepciones de la realidad, así como sus valores, aspiraciones, expectativas. Esto puede quedar más claro si ensayamos, aunque fuera gruesamente, una comparación entre ésta y la generación anterior de los años 70 en lo que respecta a la cultura política. La generación del 70 estuvo fuertemente marcada por una importante centralidad estatal, por el antecedente de un largo período de crecimiento (desde los años '50), una relativa consolidación y expansión de la estructura de clases, el avance de las fuerzas progresistas, populares y revolucionarias en el país, en América Latina y en el mundo en general.

Cristaliza de este modo la imagen de la juventud contestataria y revolucionaria (cosa que no tiene en rea-

<sup>12</sup> Ver al respecto Ferrando, 1991.

## JUVENTUD Y POLITICA

lidad explicación biológica o psicológica, sino cultural y sociológica). En la actualidad lo que tenemos es un constante y cada vez más profundo aislamiento de estas fuerzas, y consiguientemente de las propuestas de cambio. Pero veamos a manera de ejemplo algunos hitos fundamentales.

En 1959 se realiza la revolución cubana, hecho fundamental para la década del 60 y más allá: una guerrilla popular y victoriosa toma el poder. Ello determina una simpatía por los movimientos guerrilleros y revolucionarios armados. Luego, Nicaragua en 1979. Para quien vivió estos sucesos, la violencia puede tener una connotación progresiva, positiva. Los grandes proyectos sociales tienen sentido, son realizables, posibles. De allí que la izquierda peruana, en su conjunto, tarde algo en deslindar con claridad con Sendero Luminoso. De otro lado, en los 80 lo que tenemos es una identificación entre la violencia política y las manifestaciones terroristas, sinónimo de Sendero Luminoso. Las vías armadas quedan deslegitimadas, no parecen conducir a ningún lado. Son mera expresión de descontento, no se refieren a algún proyecto atractivo.

1965 es otra fecha importante. Marca el fracaso del reformismo. Ello lleva a pensar en la necesidad de grandes «cambios estructurales». Las reformas son insuficientes, no resuelven los problemas. La experiencia de los 80, enmarcada por un escenario permanente de crisis, de creciente deterioro de las condiciones de vida, lleva a otra percepción. Lo que se necesita son soluciones concretas, prácticas, efectivas, viables, aunque sean parciales o efímeras. No se está en condiciones de despreciar nada. Todo o nada contra la lógica de peor es nada. Y ello por la percepción de una crisis enorme, inmanejable.

1968-69, el reformismo militar. La posibilidad de llevar adelante grandes cambios sociales. Un cierto horizonte utópico. En esta misma dirección aparecen sucesos latinoamericanos y mundiales que refuerzan esa percepción. El mayo francés y su vigoroso y atrevido protagonismo

MARTIN TANAKA

juvenil. La percepción sobre la insuficiencia de un orden, acompañada por propuestas y proyectos contestatarios. En los 80, lo que hay es crisis y progresivo deterioro del sistema y de la clase política, incluidos los proyectos de cambio. A ello se suma la crisis y desaparición de los grandes modelos societales alternativos, el socialismo real. Ello conduce a un gran escepticismo respecto a los grandes proyectos de transformación social. Se vuelven sospechosos. Lo razonable es la valoración de lo más inmediato y concreto.

1975 y 1977-78 son años que marcan el desmantelamiento de las reformas velasquistas, el comienzo de la aplicación sistemática de políticas fondo-monetaristas; el inicio de la crisis económica. Pero los primeros años de crisis están acompañados por una fuerte respuesta popular, donde tienen importante participación las fuerzas políticas. La experiencia es la de una intensa dinámica de organización, lucha y confrontación; fuerte ideologización; el desarrollo de algunos valores fundamentales como la mística, la entrega, el sacrificio, la fuerza. En este contexto se da una importante movilización y participación juvenil. El pueblo organizado aparece como actor importantísimo, con capacidad real de incidir en la política nacional.

La experiencia de los 80, otra vez, se muestra totalmente distinta: por la crisis y el constante deterioro, lo que tenemos es una gran desconfianza en las posibilidades de cambio. Junto a estrategias colectivas de resistencia, aparecen y se desarrollan estrategias individuales, menos públicas y políticas, más privadas y sociales, signadas por el individualismo y la desideologización. Son años de creciente desestructuración, de debilitamiento de espacios colectivos e institucionales en general. Aparece el espacio de lo masivo como alternativa cada vez más importante de articulación y socialización. Asistimos a la apertura de los espacios públicos, el desarrollo de los lenguajes masivos.

La política aparece ahora como ámbito de generación de propuestas y de soluciones, más que como



## JUVENTUD Y POLITICA

espacio de confrontación y lucha; y se juega de manera muy importante en los amplios espacios de la comunicación masiva, donde importan tanto los medios, las formas, los códigos, las imágenes, como los contenidos mismos. Las propuestas de transformación y los partidos que las expresan se formaron en los '70 en una escuela de conspiración y de fuerza, de lucha por el poder, así como en escenarios pequeños, casi clandestinos, fuertemente ideologizados. Esta «escuela» de formación ha calado muy hondo, más allá de ideas y esquemas de pensamiento, hasta las mismas actitudes y sensibilidades de sus líderes y cuadros. Y ello es lo más difícil de modificar. Se pueden por eso cambiar los discursos pero mantener las mismas actitudes.

Cada uno de los procesos vistos y los hitos históricos reseñados marcan la experiencia y la identidad juvenil, otorgándole una especificidad que presenta una notable diferencia respecto a la de generaciones populares anteriores. No es posible, por ello, pensar la realidad juvenil y los nuevos sujetos populares desde las anteriores experiencias o desde los marcos analíticos concebidos en función de esa otra realidad. Tampoco se puede pensar y poner en práctica la acción y los distintos proyectos políticos al margen de las nuevas situaciones. Eso es lo que hay que entender y, para hacerlo, hay que estar dispuesto a reconocer las deficiencias, las carencias. Estar dispuesto a volver a situarnos en un país con coordenadas históricas radicalmente distintas. Y ello no es nada sencillo.

### ¿DESDE DÓNDE VEN LOS JÓVENES AL PERÚ Y A LA POLÍTICA EN LOS 90?

Hasta el momento hemos hecho referencia a los grandes cambios que definen a nuestra juventud, en función a los cambios a nivel nacional. Pero no es posible deducir cómo se viven y perciben los procesos de ellos mismos. Dar cuenta de la realidad juvenil nos exige no sólo considerar

## MARTIN TANAKA

los procesos que viven, sino también cómo son percibidos. Saber cómo son percibidos los procesos nos exige considerar cuál es la ubicación específica de los sujetos en la estructura social, cuál es su *posicionalidad*<sup>13</sup>. Ella determina una vivencia particular de los procesos generales, dotándola de sentidos específicos en los que conviene profundizar para tener una mejor comprensión de los mismos.

Analizamos aquí el caso de la juventud popular urbana. En este caso, su posicionalidad está dada, esquemáticamente, por las siguientes experiencias fundamentales: la *precariedad*, la *exclusión*, la *disociación entre discursos y prácticas* y la *consolidación relativa y modernización*. Expliquemos brevemente cada una de ellas y qué consecuencias políticas implican.

La percepción de los sectores populares (y de los jóvenes) sobre la política se deriva de manera fundamental de la experiencia de *precariedad*, es decir, de la reducida capacidad de los sujetos populares para mantener y ampliar sus niveles de reproducción, deficitarios en relación al sistema de necesidades socialmente determinado. Ello explica el *pragmatismo* en función a la superación de los problemas, al que tanto se ha aludido para dar cuenta del comportamiento de estos sectores. Así, la política, entendida como la dimensión de los intereses generales de la sociedad, es relativamente lejana a sus necesidades y requerimientos cotidianos, los que más bien tienden a replegarse sobre lo privado, segmentarse, corporativizarse y a situarse en lógicas de corto plazo. La cuestión política aparece como una distorsión a evitar, tiene un carácter más bien disruptivo. Ello conspira claramente contra las posibilidades de solución de los problemas y de articular alternativas políticas populares.

<sup>13</sup> En términos teóricos, nos parecen muy sugerentes las ideas provenientes de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (Giddens, 1984), la que busca entender la sociedad como la interrelación entre sujetos y estructuras.

## JUVENTUD Y POLITICA

Junto con el pragmatismo y la demanda de soluciones rápidas y efectivas, realistas, concretas, está la conciencia de la enorme magnitud de los problemas que se enfrenta, y una falta de confianza en las propias capacidades para encararlos<sup>14</sup>. Se produce un sentimiento contradictorio: se tiene una gran demanda por soluciones, lo que erosiona la credibilidad de las acciones que no tengan resultados visibles; pero, de otro lado, la conciencia de la magnitud de los problemas erosiona la credibilidad de las grandes propuestas de cambio.

La precariedad también está a la base de una fuerte demanda de orden, seguridad y autoridad, sin las cuales la sobrevivencia se hace aún más azarosa. Cualquier alternativa política ha de recoger esta demanda, que no tiene por qué tener sentidos necesariamente autoritarios<sup>15</sup>.

Una segunda experiencia dada por la posicionalidad de los sujetos populares es la de la *exclusión*, el no estar plenamente integrados a la comunidad política nacional, la limitación en cuanto al acceso a los bienes y servicios fundamentales proclamados como universales. Esta exclusión genera un sentimiento que podríamos llamar «*ajenidad*» frente al orden institucionalizado y a las élites. Establece una distancia y un recelo, una falta de solidaridad. Ello atenta contra el establecimiento de representaciones políticas eficaces, contra las solidaridades políticas estables. Así podemos entender cómo se ha «*volatilizado*» de manera relativamente rápida la orientación «*de izquierda*» de los sectores populares. Esta se mantuvo mientras fue funcional y eficaz, pero desaparece en cuanto deja de serlo.

Una de las manifestaciones de esta exclusión, -cuya consideración resulta de gran importancia- es aquella re-

<sup>14</sup> Ver al respecto Alarcón, 1991.

<sup>15</sup> En este sentido, Norbert Lechner ha seguido una línea de reflexión muy interesante; la democracia, para ser eficaz, ha de tomar en cuenta las demandas de orden. Ver Lechner 1986a, 1986b, 1988 y 1989.

MARTIN TANAKA

ferida a la exclusión de la información, que si bien es propia de una sociedad de masas, adquiere mayor contundencia para los sectores populares. La complejidad de la sociedad hace que los hechos sociales, que la realidad social misma esté prácticamente dada por las imágenes que proyectan los medios de comunicación. Es imposible tener un acceso directo a las cosas en una sociedad compleja, de manera que las imágenes de lo real se encuentran altamente influenciadas (y distorsionadas) por acción de los medios, principalmente la televisión. En una sociedad de masas, lo que no pasa por los medios simplemente *no existe* en términos sociológicos, es decir, no genera efectos ni consecuencias sociales; se limita a un ejercicio solipcista.

Todo esto nos lleva al asunto de la influencia de los medios. Salimos ya a estas alturas del encantamiento producido por la imagen ideal de un consumidor activo y crítico (que a su vez confrontó otra imagen errada, la del consumidor inerme y alienado), para tener la visión más ajustada de un consumidor que puede ser crítico, pero que se encuentra seriamente limitado en cuanto a sus opciones y márgenes de opción<sup>16</sup>. Una de las conclusiones políticas de todo esto es que los temas de debate nacional están prácticamente determinados por la decisión de los medios. A ello se suma el hecho que las percepciones de la realidad, por esta misma mediación y el lenguaje que implica, están sumamente simplificadas y altamente personificadas. Cualquier alternativa política que desatienda la dimensión comunicativa con las grandes masas corre el riesgo de marginalizarse. Al respecto, cabe resaltar que alternativas progresistas, como las que alientan a los grupos juveniles (y las organizaciones populares en general), han tendido a especializarse en el trabajo con pequeños grupos (sin duda bajo el influjo de la perspectiva de la educación popular) y a desconfiar de los ámbitos masivos.

<sup>16</sup> Al respecto ver Lull, 1992.

## JUVENTUD Y POLITICA

Ello constituye en la actualidad una enorme limitación a superar.

En tercer lugar estaría la percepción de la *disociación entre discursos y prácticas*, la que es perceptible con gran crudeza por los sujetos populares al moverse en ámbitos de comportamiento menos «institucionalizados» y «formalizados» a nivel de base. Como sabemos, este hiato se agrava conforme nos alejamos del «mundo oficial». Lo anunciado por medios oficiales no encuentra correlato a nivel práctico de base. Todo ello desprestigia y mella sustancialmente su credibilidad. «Siempre se promete, casi nunca se cumple». Una conclusión a extraer de esto es que las alternativas políticas han de situarse no sólo en el plano oficial, también deben buscar efectos y correlatos prácticos a nivel de base.

Finalmente, hemos de considerar la situación de *consolidación relativa y modernización*, especialmente relevante para el caso de los jóvenes. Ya hemos mencionado en páginas anteriores cómo la actual generación de jóvenes está marcada paralelamente por la situación de crisis y por una significativa integración cultural y simbólica. Y es que las nuevas generaciones en el ámbito popular urbano se socializan en un escenario de *consolidación relativa* en cuanto al acceso a infraestructura y servicios básicos, que dejan menos espacio para la acción colectiva y más para la acción individual. De este modo, la *experiencia de organización y de lucha*, determinante para el caso de anteriores generaciones, es casi inexistente y resulta muy lejana para las actuales.

«Los jóvenes de ahora ya tenemos esas cosas (luz, agua), no vivimos este proceso (de organización y lucha). No llegamos acá (a Villa el Salvador) cuando era un arenal, cuando no había nada. No se valora lo que ahora hay. No nos interesa, como ya lo tenemos a la mano, entonces queremos más cosas, pero ya no trabajamos más, no valoramos lo que

## MARTIN TANAKA

nuestros padres han hecho por nosotros» (joven de un grupo parroquial de Villa el Salvador, 16 años).

Existe también, decíamos, una significativa modernización e integración de la juventud popular a nivel cultural. Esto puede percibirse claramente si atendemos a sus patrones de conducta, auto-percepciones, aspiraciones, valores, consumos. (Una información muy completa al respecto puede encontrarse en Ferrando, 1991). Todo ello determina un importante alejamiento de las tradiciones, valores, usos y maneras de generaciones anteriores. A nivel político, encontramos espacio para el desarrollo de acciones individuales, adaptativas, de negociación, disímiles a las más colectivas, ideologizadas y de confrontación, propias de décadas anteriores.

### ¿QUIÉNES SON LOS JÓVENES? ¿EN QUÉ ESTÁN FRENTE A LA POLÍTICA?

Llegados a este punto podemos especificar qué entendemos por juventud, a quiénes nos estamos refiriendo cuando nos referimos a los jóvenes. Tal especificación nos permitirá concluir las ideas desarrolladas sobre la relación entre juventud y política.

La juventud como fenómeno social no existe de por sí, su existencia no está dada simplemente por el dato cronológico. Se trata de una categoría histórica y sociológica a construir. La definición de la juventud sólo tiene sentido en un sentido sociológico y político amplio. Dicho en términos generales, la aparición del fenómeno juvenil está asociada a los procesos de modernización y urbanización: procesos que establecen con claridad una etapa de «preparación» y experimentación previas a la etapa adulta.

De este modo, la categoría *juventud* es una categoría esencialmente moderna, urbana y capitalista. No

## JUVENTUD Y POLITICA

existe o no tiene sentido sin estos componentes. Sólo con ellos es que aparece un estadio sociológico intermedio posterior a la niñez y anterior a la adultez, en el cual básicamente se adquiere la preparación y calificación necesarias para la inserción plena en la estructura socio-laboral.

Ahora bien, al tratar la dimensión política en los jóvenes lo relevante es detectar su existencia, presencia, dinámica, como un *sujeto* o por lo menos como un grupo medianamente distinguible de otros, dotado de una cierta autonomía. De no haber esta especificidad, estaríamos ante la mera reproducción de conductas «adultas». No estaríamos, por decir, ante jóvenes obreros, sino obreros jóvenes. Por ello es que el estudio de la presencia política de los jóvenes ha tendido a centrarse en el movimiento universitario o en las organizaciones juveniles a nivel popular, las que han mostrado con mayor claridad tal autonomía. De otro lado, lo dicho implica que esta identidad sea capaz de atravesar, permear otras identidades vinculadas al estrato o clase social (de allí nuestra insistencia en ubicar la juventud popular urbana al interior de procesos sociales más amplios).

Nosotros entendemos la identidad juvenil popular en función a su correspondencia con los más recientes cambios ocurridos a nivel del conjunto de la sociedad. La identidad juvenil no es, por tanto, la resultante de una exacerbación de las diferencias generacionales, ni de procesos específicamente juveniles. Por ello, en la actualidad no es perceptible la existencia de una clara *sub-cultura* juvenil, con valores u orientaciones específicamente juveniles, distinguibles del patrón adulto y que vayan más allá de las diferencias de clase. No existe tampoco en este sentido un *movimiento juvenil* propiamente dicho. La identidad juvenil aparece, más bien, como una resultante de los grandes cambios que afectan al conjunto de la sociedad (no sólo a sus jóvenes), que cancelan todo un sentido de la vida social, produciendo un cambio de época. La identidad

## MARTIN TANAKA

juvenil proviene del hecho que la juventud encarna con mayor nitidez este cambio. Esto los diferencia de generaciones anteriores, formados en otro tipo de socialización.

Lo que decimos nos remite a la valoración de lo que en términos generales se entiende como «cambio generacional». Y ello no lo remitimos necesariamente a las ideas de autores clásicos respecto al tema de las generaciones, sino a lo que hemos llamado más arriba «cambio de época». Una nueva época genera nuevas conductas, actitudes, distinguibles de las anteriores, lo que da lugar a la aparición de nuevas identidades y sujetos. Por ello es que la juventud como tal sí tiene consistencia política en nuestro país.

Llegados a este punto, algunas de las preguntas pertinentes serían: ¿cómo queda configurado el escenario político a la luz de este nuevo contingente poblacional en los '90? ¿Cómo queda planteada la cuestión de la expresión y participación política de los sujetos populares?

Creemos que el dato social más importante a considerar al respecto es que estaríamos ante la crisis de un sistema corporativo de representación de intereses, del cual podría gestarse otro tipo de representación tomando como eje a la *ciudadanía*. Ello no necesariamente por una cuestión evolutiva ni mucho menos de progreso, de consolidación de los sujetos, sino por los procesos de crisis, disgregación, modernización e integración cultural y simbólica. Esto le da al asunto importantes peculiaridades.

Encontramos lo que podríamos llamar las *bases sociales* de un esquema de participación basado en la noción de ciudadanía, fundado en el individuo y no en la corporación, en los principios de libertad de acción, de pluralidad en cuanto a la representación de intereses (y no una representación adscrita a una ubicación específica en la estructura social). Todo ello resulta de los procesos descritos anteriormente. Pese a ello, descubrimos que esta situación y estos derechos no aparecen como muy significativos para los sujetos populares, cuyas demandas pasan



## JUVENTUD Y POLITICA

primero por lo que conocemos como derechos sociales antes que por los individuales, debido a la condición de precariedad; siendo más bien que los primeros posibilitan la existencia y el ejercicio de los segundos (un poco al revés del proceso seguido en los países europeos). Así, los sujetos populares tampoco logran ser considerados como interlocutores plenos y válidos al interior del sistema político.

En otras palabras, esas bases sociales de la ciudadanía no están acompañadas de *condiciones materiales*, *sustratos culturales* (una cultura política democrática), ni de *mecanismos institucionales* (una comunidad política democrática) que las hagan funcionar efectivamente en el terreno de la política. Así, estaríamos en un escenario político en el cual la participación política puede no pasar por un modelo corporativo debido a los procesos de *individuación*, pero, siendo dichos procesos resultantes de la crisis, tampoco cuajan en un modelo de participación alternativo.

Encontramos que la experiencia juvenil, tan impactada por la crisis y la falta de alternativas, está marcada por una suerte de *cerrazón* que marca su percepción de la realidad, valores, expectativas. Se trata de un horizonte perceptivo, sensitivo e intelectual cerrado, signado por la falta de horizonte, de perspectiva, con todo lo que ello implica: una gran dificultad para pensar el futuro, situándose en lo que Romeo Grompone (1991b) ha llamado un «presente continuo»: incertidumbre, falta de confianza en las propias capacidades. La desconfianza es radical. Hemos de atender al hecho que los jóvenes de hoy no han vivido ningún evento político importante que los haga creer en la posibilidad del cambio; más bien, vivieron la gran decepción del gobierno de Alan García, quien hasta cierto punto liquidó el discurso del cambio, el discurso de izquierda, con su retórica populista y su fracaso.

Al debilitarse los espacios colectivos, las solidaridades extensas, el espacio es cubierto por la búsqueda de

MARTIN TANAKA

espacios comunitarios inmediatos, por la esquina, la familia, los espacios primarios de socialización. Se produce un retraimiento hacia lo particular y privado, privilegiándose lo personal y subjetivo. Como correlato de la crisis del espacio político y público, la solución va por hacer más grande, profundo e intenso el espacio subjetivo. Preservar siquiera el espacio personal en medio del caos. De ello resulta una actitud un tanto cínica respecto del país en su conjunto. Por ello, el gran problema de la reivindicación de lo subjetivo está en que se pueda caer en un mero narcicismo.

Así encontramos que los jóvenes a un nivel general tienden a rechazar las opciones políticas extremas, ubicándose hacia el centro del espectro político, independientemente de su extracción social, y a desvincularse de una identidad popular y de izquierda tradicional en el caso de aquellos jóvenes de sectores populares (Grompone, 1990).

Se tiende, como ha sido ya señalado, a desentenderse de la política: cunde un sentimiento de ser ajenos e irrelevantes respecto al ejercicio de la política tradicional: se vote por quien se vote todo a seguir igual (Grompone, 1991b).

Esta desvinculación de la política hace que la percepción que tienen los jóvenes de sus propios problemas sea limitada, por despolitizada. Como ya hemos señalado, para los jóvenes su principal problema son las drogas y el alcohol, y sólo en segundo lugar el desempleo y la falta de oportunidades. De otro lado, consideran que la solución a sus problemas corresponde sobretodo a los padres y a la familia, y sólo secundariamente al estado, a las autoridades, a los partidos. La clave para el desarrollo y el progreso sería la educación y el esfuerzo personal (Ferrando, 1991). Otros datos indican que un abrumador 75.5 % de jóvenes manifiesta escaso y nulo interés por la política (Grompone, 1991).

Estos y otros datos muestran, aparentemente, un panorama desolador. Sin embargo, nos parece importante

## JUVENTUD Y POLITICA

resaltar algunas evidencias que apuntan en otros sentidos y que pueden dar razones para pensar que la despolitización no es *absoluta*, sino sólo *relativa* a una manera de ejercerla. En todo caso, se trata de un ejercicio necesario para evitar posiciones excesivamente pesimistas que inhiban la acción.

Así encontramos, por ejemplo, que los jóvenes consideran que sus opiniones son valiosas para intentar resolver los problemas que los aquejan. Otro dato interesante es que, a pesar de mostrar poco interés en la política, en un 65.4% los jóvenes están en desacuerdo con la afirmación de que «los jóvenes no deben meterse en política» (Grompone, 1991b). Entendemos que se reivindica el derecho al ejercicio de la política, pero entendida de una manera distinta a como se da en la actualidad. Ello nos lleva a la cuestión de un agotamiento de las formas tradicionales de hacer política, y a la búsqueda de las elusivas «nuevas formas».

Si bien es cierto que los jóvenes ven con desconfianza a aquellos que militan en partidos políticos y que la gran mayoría de ellos no pertenece tampoco a ninguna organización juvenil (Oliart, s/f), ello no significa que no haya interés por ese tipo de agrupaciones en general, así como un reconocimiento a su labor.

«También piensan (los jóvenes de todos los sectores en general) que es bueno que los jóvenes participen en instituciones que promueven la cultura (música, escultura, pintura, etc.), instituciones de servicio como los Scouts, bomberos, cruz roja, defensa civil, etc., y en la parroquia de su comunidad» (Ferrando, 1991).

Los índices de participación pueden ser bajos, pero no necesariamente lo es el interés *potencial*. De otro lado, cabe resaltar que la participación es entendida de una manera más *social* y menos *política*, como ya habíamos

MARTIN TANAKA

señalado antes. Sin embargo, esta participación social sienta de una manera importante las bases para la participación política.

En el mismo sentido apuntan los datos sobre consumo de medios masivos a nivel de jóvenes. Si bien el interés por la política es escaso, no pueden pasar desapercibidas las preferencias de los jóvenes respecto al consumo de medios masivos. Tanto en diarios y revistas como en televisión (en radio en menor medida), el consumo se orienta principalmente hacia las noticias<sup>17</sup>. Podría decirse que tenemos una juventud sustancialmente más informada que en décadas pasadas. Y ello sin duda es fundamental para el ejercicio de la ciudadanía. Ello nos lleva a pensar que lo que estaría en crisis no sería la política como actividad en general, sino una manera específica de ejercerla y entenderla.

«(...) para muchos estamos despolitizados los jóvenes, yo sin embargo siento que la juventud es más política que antes, y eso hay que hacerlo entrar a los antiguos dirigentes o a los estudiosos que escriben de la despolitización de la juventud; o sea, si alguien les va a hablar de los partidos políticos a los jóvenes, se van a hacer los desentendidos, pero háblales de los problemas locales o nacionales, de lo que están haciendo, y te van a hablar...»  
(Dante, 21 años, Villa el Salvador).

¿Qué nuevos contenidos debiera tener una nueva manera de entender la política y la participación política? La respuesta no es sencilla, y no se trata de sacarla de la cabeza. Se trata más bien de buscar en la realidad experiencias de cómo se está redefiniendo en mejores términos esta relación.

<sup>17</sup> Al respecto ver Ferrando, 1991; ver también Grompone et. al., 1991.

## Bibliografía

ALARCON, Walter  
1991 «Clases populares, cultura política y democracia». En: *Socialismo y Participación*, no. 54, junio.

ARRANCA.

Mesa de trabajo de Centros de Promoción de la juventud  
1992 «Jóvenes: propuesta para la elaboración de un Plan Nacional de Promoción a la juventud». En: *TAREA*, nº 28, febrero.

ARROYO, Eduardo

1986 «La generación del 68». En: *Los Caminos del Laberinto*, nº 3, abril.

AUTOEDUCACION

1985 «Mesa redonda: organizaciones juveniles, 'Nuestras organizaciones construyen el futuro'». En: *Autoeducación*, Año V, nº 12, enero-marzo.

MARTIN TANAKA

BALBI, Carmen Rosa

1991 «Una inquietante encuesta de opinión». En: *Quehacer*, no. 72, julio-agosto.

BALLON, Eduardo

1990 «Movimientos sociales: itinerario de transformaciones y lecturas». En: *Movimientos sociales: elementos para una relectura*. DESCO.

CANEPA, María Angela

1990a «Los jóvenes y el afecto». En: Oscar Castillo et. al., *Juventud, crisis y cambio social en el Perú*. SUM-IPEC.

1990b «Los jóvenes de barrios populares». En: *Páginas*, n° 102.

CARRION, Julio

1991 *La juventud popular en el Perú*. IEP.

CEPAL, División de desarrollo social

1988 «Juventud y democracia en América Latina». En: *Encuentro*, n° 11, marzo-abril.

COMISION ESPECIAL DEL SENADO SOBRE LAS CAUSAS DE LA VIOLENCIA Y ALTERNATIVAS DE PACIFICACION EN EL PERU

1988 Informe General y anexos.

CUSSIANOVICH, Alejandro

1990 «Los jóvenes de sectores populares de los 80'». En: *Juventud, crisis y cambio social en el Perú*. Oscar Castillo et. al., SUM-IPEC.

CHAVEZ DE PAZ, Dennis

1989 *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*. IEP.

## JUVENTUD Y POLITICA

- FALLETO, Enzo  
1986 «La juventud como movimiento social en América Latina». En: *Revista de la CEPAL*, nº 29, agosto.
- FERRANDO, Delicia  
1991 *Los jóvenes en el Perú: opiniones, actitudes y valores. Encuesta Nacional de Hogares. Informe General. Primer Borrador.* CEDRO, julio.
- GIDDENS, Anthony  
1984 *The constitution of society. Outline of the theory of structuration.* Cambridge, Polity Press.
- GONZALES, Osmar, et. al.  
1991 *Normal nomás. Los jóvenes en el Perú de hoy.* IDS, CIDAP y CEDHIP.
- GROMPONE, Romeo  
1990 «El desencanto político de los jóvenes». En: *Paz, Tarea de todos*, Año III, no. 16, enero-febrero.
- 1991a «Balance de los ochentas: sociedad, política y ciencias sociales». Entrevista a Romeo Grompone. En: *Herejes y renegados*, Año I, nº 2, julio.
- 1991b *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima.* IEP.
- GROMPONE, Romeo, et. al.  
1991 «Mesa redonda: conversatorio sobre juventud». En: *Paz, Tarea de todos*, Año V, no. 24. Julio-setiembre.

MARTIN TANAKA

LECHNER, Norbert

1986a «Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente». En: *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI ed. Setiembre.

1986b «La lucha por el orden». En: *Ibid.*

1988 «Hay gente que muere de miedo». En: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago, FLACSO.

1989 «¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?». En: *Socialismo, autoritarismo y democracia*. IEP-CLACSO.

1990 «El desafío de la democracia latinoamericana». En: *Leviatán*, II época, nº 41.

LOS CAMINOS DEL LABERINTO

1986 «Especial: los militantes años 70». En: *Los Caminos del Laberinto*, nº 3, abril.

LULL, James

1992 «La estructuración de las audiencias masivas». En: *Diálogos de la comunicación*, nº 32, marzo. FELAFACS.

MARTINEZ, Javier, y Eduardo VALENZUELA

1986 «Juventud popular y anomia». En: *Revista de la CEPAL*, nº 29, agosto.

MENDEZ, María

1990 *Los jóvenes del nuevo Perú profundo*. Concurso DESCO.



## JUVENTUD Y POLITICA

OLIART, Patricia

s/f *Organizaciones y grupos de jóvenes: necesidades personales y urgencias sociales.* Instituto Bartolomé de las Casas-Rímac. Mimeo.

PORTOCARRERO, Gonzalo

1991a «El psicoanálisis, las ciencias sociales y el mundo popular». En: *Modernidad en los andes.* Enrique Urbano, compilador, Mirko Lauer, editor. Centro Bartolomé de las Casas, Cusco.

PORTOCARRERO, Gonzalo, y Patricia OLIART

1989 *El Perú desde la escuela.* Instituto de Apoyo Agrario.

RAMA, Germán

1986 «La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis». En: *Revista de la CEPAL*, nº 29, agosto.

ROCHABRUN, Guillermo

1990 «Del mito proletario al mito popular». Ponencia presentada en el seminario «*El nuevo significado de lo popular en América Latina*». DESCO, octubre.

RODRIGUEZ, Ernesto

1987 «Organizaciones y movimientos juveniles en América Latina». En: *Encuentro*, nº 6, mayo-junio.

ROSPIGLIOSI, Fernando

1988 *Juventud obrera y partidos de izquierda. De la dictadura a la democracia.* IEP.

RUIZ SECADA, Rosa, y María Angela CANEPA

1986 *Los jóvenes del cono norte.* Mimeo. CIPEP.

MARTIN TANAKA

SULMONT, Denis, Marcel VALCARCEL y Walter TWANAMA

1991 *El camino de la educación técnica: los otros profesionales. Los jóvenes de los Institutos Superiores Tecnológicos en Lima Metropolitana.* PUCP.

TANAKA, Martín

1990 *La racionalidad política en los sectores populares urbanos de Lima.* Memoria para optar el grado de Bachiller en Ciencias Sociales con mención en Sociología. PUCP.

1991a «Clase y generación en la década de los noventa». En: *Ciudad y Cultura*, Año 9, n° 27, mayo.

1991b «La política desde los jóvenes». En: *TAREA*, Revista de Educación y Cultura, no. 27, setiembre.

TEJADA, Carmela

1990a *Juventud popular y organización. El recorrido de los grupos culturales juveniles de Lima.* CONCYTEC-IPEC.

1990b «Juventud popular urbana y movimiento barrial». En: *Juventud, crisis y cambio social en el Perú.* Oscar Castillo et. al. Servicio Universitario Mundial (Comité Perú)-IPEC.

TORRES GUZMAN, Alfredo

1989 *Perfil del elector.* APOYO.

TOURAINÉ, Alain

1987b *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina.* PREALC-OIT, segunda impresión.

JUVENTUD Y POLITICA

1991 «Jóvenes: ciudadanos excluidos». En: *El Peruano*. Lima, 1 de agosto.

VALENZUELA, Eduardo

1984 *La rebelión de los jóvenes. Un estudio sobre anomia social*. Santiago, SUR.



*Raúl Méndez*